El soberano e incomparable entendimiento humano de Jesucristo no puede comprender totalmente a Dios. Dios es con infinita altura, con infinita hermosura, con infinita grandeza superior a su entender.

Sólo el entendimiento divino puede entenderse a Sí mismo. Dios se ha comprendido totalmente siempre en un acto simplicísimo, se comprende y se comprenderá siempre. Todo lo ve y tiene presente. Por esto veo que Dios no tiene memoria. Memoria es el recuerdo de lo pasado o hacer presente por el recuerdo lo pasado. Algo menos propiamente es traer lo futuro al presente por comparación y recuerdo de lo que se sabe; forma parte del entendimiento imperfecto o limitado. La memoria es una perfección relativa de una naturaleza imperfecta.

Dios no tiene memoria. Dios siempre lo ha tenido, lo tiene y lo tendrá todo presente. Un átomo que esté a cien mil millones de años de luz de distancia ha sido criado por Dios y está tan presente a Dios como lo está el cielo local. Un átomo o un simple reflejo o una vibración de una hoja que haya de existir pasados cien mil millones de años o haya existido hace cien mil millones de años está tan presente a Dios como lo estoy yo o la flor que ahora se abre y exhala su perfume. Nada tiene Dios en olvido; de nada puede descuidarse Dios. Todo lo crea Dios y lo conserva y da la vida y las pro-

piedades que tienen los seres. Nada puede existir sin Dios. Todos estamos siempre presentes a Dios. Dios es el que crea las perfecciones externas y embellece los mundos y el que ha trazado y puesto las leyes de la naturaleza y de los individuos, el que dirige las marchas y los movimientos de las cosas y gobierna y da vida y actividad desde el más mínimo infusorio hasta la más dilatada constelación. Nada hay oculto a su mirada; nada hay que no reciba la existencia y la conservación de El.

Y todo el mundo externo es nada en comparación de las maravillas del mundo del espíritu y de los incomprensibles portentos que obra en el mundo sobrenatural. Porque toda la grandeza y todo el esplendor del universo entero, con sus dilatadas distancias y bellezas incomparables, valen menos que un solo pensamiento o un solo acto de amor del ser espiritual.

¿Qué será Dios? ¿Qué será lo infinito de Dios cuando la creación, todos los ángeles y todos los hombres y todos los mundos son como nada y fealdad comparados con El y con su hermosura?

136. Y, oh Dios mío, me habéis criado, me habéis llamado y escogido, no para que me detenga y admire y posea esta creación externa con todas sus maravillas, que al presente ignoro, sino para ofrecerme a Vos y esté con Vos y os posea en amor. Sois, oh Señor, el infinito en toda per-

fección; sois el infinito en todo bien y me habéis llamado y escogido y traído, no para que admire las inteligencias de los querubines y los pensamientos de los entendimientos del hombre ni los mundos creados, sino para estar con Vos y poseeros a Vos y gozar de Vos mismo en la eternidad, empezando ahora en el tiempo.

Porque en tu infinito amor, oh Señor, quieres hacerte mío, mi Amado, y ponerte en mi alma y hacerme participante de Ti mismo en tus perfecciones, y estás en mi alma y quieres tomar posesión de mi alma y de todo mi ser. Y has puesto en mi misma voluntad que yo pueda participar de tu infinita hermosura y felicidad, y vestirme de tus perfecciones cuanto yo quiera. Depende de mi ofrecimiento, de mi determinación, de mi cooperación a la gracia que me das.

El alma más fiel, el alma más desprendida de todas las cosas, el alma que vive más en Dios y es más primorosa en cumplir su voluntad, recibe más de Dios, posee más a Dios, crece más en la gracia y tendría más cielo en la participación de Dios en la eternidad.

Alma mía, ¡cómo te desharías de gozo y de dicha si ahora iluminara Dios tu inteligencia y vieras la vitalidad y la hermosura que la gracia sobrenatural pone en ti! Verías que el infinito bien y la infinita hermosura ponían reflejo en ti y te empapaba en lo que ahora, por no verlo, no puedes

ni soñar. Pero por la fe sabes con toda certeza que es a lo infinito a lo que te has consagrado; que lo infinito ha de ser eterno y te ha de llenar de dicha; que estás tratando y sirviendo a lo infinito, al sumo Bien; que la infinita sabiduría y hermosura te empapa, se te da, se hace tuya y toma posesión de ti. Es el Infinito quien te está llamando y solicitando para que te entregues y poderte transformar y divinizar.

137. Este infinito Bien e infinita Hermosura, este Dios omnipotente, está siempre en mí, en lo íntimo mío, viendo y pesando y animando mis pensamientos y deseos. Este Dios omnipotente y amorosísimo me está llamando y pidiendo el corazón para colmarme de bienes sobrenaturales y poder luego darme un cielo inmenso. Toda la hermosura, toda la grandeza, toda la majestad, todo el esplendor y alegría que pueda soñar el entendimiento humano y aun angélico con toda la ilusión y encanto es pobreza y oscuridad y fealdad comparado con esto. Tú sólo, Dios mío, eres Dios infinito y Tú el Creador de todo y todo depende de Ti.

Dios es el que es, como El mismo dijo a Moisés. Es el Ser necesario, que no tiene principio. Es el Ser cuya esencia es existir y obrar y entender y amar. Es el Ser de un acto infinito y que no pasa. Es la Suma actualidad de infinito poder e infinita felicidad. Es la Sabiduría y el Amor actual

por su misma esencia. Y este Dios infinito quiere dárseme en amor y en felicidad, me ha llamado para dárseme y ponerse en mi alma uniéndola a su amor; quiere divinizarme vistiéndome de sus atributos y comunicándome cuanto yo me determine a querer.

Dios mío, Dios mío. Hermosura infinita, Amor infinito, Bondad infinita, Alegría y Delicia infinitas, Sabiduría y Poder infinitos: me has escogido y llamado porque me quieres llenar de todas esas tus perfecciones. Me has creado para la dicha y me llamaste luego a la vida interior y al recogimiento contigo para que me dé cuenta de Ti, de tu grandeza y bondad y dicha y quiera vivirte. Me has llamado a la vida interior y al recogimiento para que ponga toda mi voluntad en prepararme para amarte más y recibirte mejor, para que se dilate mi corazón y quepa más amor tuyo en él, para que aun aquí en la tierra viva en estos pensamientos de luz y en esta atmósfera de claridad de cielo y armonías angélicas y tenga obras de luz.

Porque me es necesario tener obras de luz. No está mi santidad, ni mi transformación, ni se hará la unión de mi alma con Dios en amor si sólo tengo pensamientos e imaginaciones de luz. Ellos son el principio de tanto bien, pero he de fortalecer mi voluntad para que la voluntad mueva todo mi ser y tenga obras de luz, obras de gracia y de amor, que son las virtudes y la negación de mi amor

propio y de mis apetitos. Ese es el momento del triunfo. Es cuando Dios envuelve el alma en amor y la sumerge en amor y la llena de gracia y la transforma. Todo eso infinito de grandeza, de hermosura, de poder y perfección está en mi alma, está en mi entendimiento, se hace mío, se me ha dado y está constantemente, ya trabaje, ya descanse, esté encendido en fervor en la oración o esté en pesada aridez o tentación; todo ese infinito está en mí amándome y es mi amor.

Dios está infinito con todas sus perfecciones en todos los seres y en todas las almas, aun cuando estén enemistadas con El y no le amen y le ofendan. Dios está siempre y en todos tendiendo los brazos con ofrecimiento generoso y con amor que ahora no puedo comprender, pero lo sé con certeza porque me lo enseña la fe.

Dios está en todos y está en mi alma, pero lo está de un modo especial y con especialísimo amor en el alma justa, en el alma transformada. Dios está en mi inteligencia, en mis pensamientos, en lo íntimo de mis sentires, de mis quereres y de mis deseos.

138. La gracia divina da al alma un nuevo ser, una nueva naturaleza, el ser y la naturaleza sobrenatural. La gracia es un amor especial sobrenatural de Dios, puesto por Dios en lo íntimo del alma, en la esencia misma del alma.

La gracia divina, que es amor de Dios, es participación del mismo Dios, de la naturaleza divina, y se une al alma y hace al alma una cosa con el amor y la gracia. Dios, por gracia divina, toma especial posesión del alma. El amor de su naturaleza une, y el amor divino une al alma con Dios y como que la diviniza comunicándola perfecciones divinas.

Sólo Dios puede darme su amor, pero Dios se ha condicionado amorosamente a Sí mismo el aumentar en mí su amor, según sea mi fidelidad, mi esfuerzo, mi cooperación por el ejercicio de las virtudes. Si yo practico las virtudes, Dios va intensificando su amor en mi alma y uniéndose más íntimamente conmigo. Si el hierro persevera metido en el fuego y se intensifica el fuego, el hierro se pone candente y no sólo está metido en el fuego, sino que recibe las propiedades del fuego y se hace fuego. El alma que está por amor en Dios e intensifica ese amor se une más a Dios.

Dios tiene la misericordia de unir el alma consigo, y si el alma persevera creciendo en el amor de tal manera la une consigo y la tiene en Sí que la teología no sabe explicármelo ni los santos supieron decírnoslo; pero me dicen que es una unión tan delicada y tan íntima como es la unión de la idea que yo comprendo con mi inteligencia y el amor que yo tengo con mi voluntad. La idea que yo entiendo y el amor con que yo amo no son ni

mi inteligencia ni mi voluntad, pero son míos, mi inteligencia y mi voluntad los han hecho míos, están hechos una misma cosa con mis potencias. Lo que entiendo está dentro de mí, en mi inteligencia, y lo que yo amo lo tengo dentro de mí mismo, lo gusto, me da satisfacción y alegría. Amo a Dios y tengo al Amado dentro de mí. Me ama Dios y estoy dentro de Dios tan íntimamente como lo que se entiende y se ama está dentro y unido con el alma.

Dios por la gracia y el amor se me da. Se me dan el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo y están en el alma justa con una presencia sustancial, real e íntima; están primeramente en el alma y secundariamente en los miembros del cuerpo.

Sueña, alma mía; sueña, imaginación mía; levanta tu mirada, inteligencia mía, y forma conceptos e ilusiones altísimas, que siempre serán inferiores a esta divina realidad. Dios en mi alma, Dios en mis potencias, Dios en mis miembros. Llamamos sabio a un hombre porque tiene en su cerebro las ideas de una ciencia; es un gran filósofo, es un gran físico o un gran astrónomo porque su inteligencia domina los principios y consecuencias de esas ciencias.

Cuando yo pienso esto salto de gozo y me abruma el agradecimiento y quisiera ser la alabanza a Dios, por la enseñanza que me dan comparándolos con Dios. Si yo os amo, Dios mío, sé que estáis todo, infinito, en mi alma, en mi inteligencia, sois

mío, porque os dais a mí. Yo soy vuestro y tomáis posesión de mí y me llenáis de vuestras bondades; llenáis mis pensamientos y mis afectos. Estáis en mí aún más íntimamente que están en espíritu mis propios amores. Estáis como lo conocido en el que lo conoce y lo amado en el que ama, formando una sola cosa, y estáis obrando en mí la obra del amor; estáis para perfeccionarme, para transformarme en amor celestial. Dejáis que la intimidad de mi amor con Vos sea cuanto sea mi cooperación, mi esfuerzo y mi determinación.

139. Y me vuelvo a preguntar, ¿quién es mi Amado y qué es el Amado? Es sobre lo más perfecto, sobre lo más hermoso, sobre lo más encantador de cuanto se puede pensar ni soñar. Sobre toda esa idealidad con infinita distancia.

Piérdete, alma mía, un poquito en este mar de infinita delicia y dulzura de Dios. Vuela en esa atmósfera de claridad y suavidad. Sueña en tanta belleza y gozo. Hay en el hombre una afición nativa a gustar de los cuentos y de las leyendas, a inventar ilusiones y fantásticas combinaciones fuera de la realidad, y a veces producen mayor complacencia cuanto son más irrealizables y aun más disparatadas. ¿Quién no disfruta leyéndolo? Las tres cuartas partes de la literatura más notable del mundo son cuentos y fantasías, y la mayor parte de la lectura de los jóvenes y de los entrados y

avanzados en edad son las quimeras y los amoríos ideales. La novela y la leyenda, el teatro y los grandes poemas son ficciones bellas, muy bellas algunas, pero ficciones. En la misma historia entra en mucho la ficción y tiene menos aceptación si no lleva la forma descriptiva y no interviene la imaginación.

Sabemos que no ha existido ni existe ni se da en la realidad, y gozamos leyéndolo y distrayendo la fantasía por las ilusiones inventadas.

Quiero yo gozarme no en ficción imaginaria, sino en una realidad inmensamente superior y de mayor belleza y encanto que la más delicada e intrigada leyenda descrita por la fantasía más exaltada y primorosa. Y esta altísima y sin igual realidad es la felicidad de los ángeles. También tú, alma mía, has sido creada para ser feliz para siempre gozando y poseyendo grandeza tan hermosa. Existe y es para ti, si tú quieres, realidad tan dichosa, y la fe te enseña cómo has de conseguirla y ahora estás procurando vivirla.

No podemos comprender a Dios; no podemos tener noción clara y exacta de Dios; no podemos hablar con propiedad de Dios, porque excede nuestra capacidad. Pero qué ilusión tan noble y de tanta luz se forma en el alma al solo poner el pensamiento en El. Dios es incomparablemente superior a cuanto puede decirse. Dios es sobre toda esa belleza y luz, sobre todo el encanto y gozo, y será

para mí. ¿No he de procurar sentir o al menos tener la alegría de pensar en lo que es el Amado? ¿No me dará placer pensar en las bellezas, en la variedad y en el infinito poder del Amado?

Lo más hermoso y grande es pensar en Dios y acompañar a Dios.

140. Dios siempre es el que es y siempre ha sido y será el que es: el Omnipotente, el Infinito, el Sumo Bien, el Amor y delicia infinita, el cúmulo de todas las perfecciones en un grado infinito. Pero Dios es el sin principio. Dios no tiene principio. Dios no tiene origen. Dios es el Ser necesario y la causa de Sí mismo. La filosofía amontona muchos nombres y a todos excede la realidad divina. La inteligencia aspira a saber y comprender la Sabiduría infinita y su origen.

San Agustín tenía intuiciones geniales y expresadas con grande precisión y novedad. San Agustín tenía hambre de la Verdad y discurría buscando el manantial de la Verdad. ¿Quién no desea saber el origen del río que corre? Si la felicidad es el gozo de la verdad, ¿de dónde y cómo ha nacido esa Verdad Infinita? Quería encontrar el origen de Dios y me dice la leyenda que paseaba a orillas del mar Mediterráneo, abstraído en la meditación sobre el origen de Dios, sobre el principio y la causa de Dios. Aquella su inteligencia perspicaz cada vez veía más inmensidad, más grandeza; Dios es

el creador de todo y el increado; Dios no tiene principio.

Según paseaba vio un niñito que estaba muy afanoso haciendo un hoyo en la arena con una concha, muy natural en el deseo de jugar de los niños. Bajando un poco la consideración de aquellas sus elucubraciones sobre la grandeza y el origen de Dios, que le tenían absorto, y le excitaban a saber, a conocer lo incognoscible, pregunta al niño: «¿Qué haces, niño, ahí solo?» Y el niño, con mirada y candor de ángel, pues lo era, le contesta: «Estoy haciendo un hoyo para meter aquí el mar.» San Agustín, cariñoso y reflexivo, le advierte: «Pero, niño, ¿no comprendes que eso no puede ser? ¿Cómo vas a encerrar toda la grandeza del mar en ese hoyo que tú estás haciendo?» Entonces el niño, con sencillez humilde, le vuelve a decir: «Pues mucho más fácil es que yo meta en este hoyo todo el mar que tú puedas comprender el origen de Dios.»

Porque Dios es el que es; Dios no tiene principio. Porque Dios es el que es; Dios no tiene fin. Dios es el Ser necesario; Dios existe por su misma esencia; es el creador de todo cuanto existe y de todo cuanto haya de existir. Dios es el increado; Dios es el infinito, el sin límites en toda perfección. La causa de Sí mismo y el fin de Sí mismo. Dios es el Sumo Bien y la Sabiduría y el

Poder por esencia. La Causa de las causas que decía Aristóteles.

Solamente Dios se comprende a Sí mismo y en su esencia lo ve todo y lo tiene todo. Dios es el Increado. ¿Qué será? ¿Cómo será? La actual acumulación de todos los bienes y de todas las perfecciones. En el cielo, agrandada nuestra capacidad de entender, lo comprenderemos. La inteligencia se levantará y pondrá gozosa toda la capacidad para entender y verá y exclamará admirada: «Dios, Dios infinito.» Misericordiosamente me habéis criado para entender, poseer y gozar de esas grandezas, de esas perfecciones infinitas. Dios está viéndose y viendo todas las cosas criadas y las posibles, y Dios está siempre en el actual gozo infinito.

Cuando alguna vez oigo decir que habrá monotonía en el cielo, me contristo pensando que nuestra ignorancia y rudeza nos impide ver y soñar en la infinita variedad y continua novedad que en el cielo gozaremos perpetuamente y en la incomprensible satisfacción y exuberante exaltación de gozo jamás interrumpido por la incesante y maravillosa novedad. Estaré saturado de gozo en Dios como Dios es el infinito gozo y el infinito obrar, y el infinito amar y crear. Dios es el infinito diamante de claridad suavísima donde todos vivimos y nos amamos.

141. Y Dios quiere obrar en mí su obra de amor y me ha llamado al recogimiento para obrar en mi alma esa obra. La obra de amor es la obra por excelencia entre las obras externas de Dios. Y me llama a mí a la fuente misma del amor, donde todo me hable de amor, donde el mismo Dios me hable y me llene y diga: *Yo estoy en ti, y soy la fuente de amor. Yo estoy en ti, y soy la hermosura y la dicha de los mismos serafines. Te he traído para levantarte a la exaltación más grande, para envolverte en la luz más hermosa. Bebe cuanto quieras de Mí. Coge cuanta luz y cuanta hermosura quieras. Soy el manantial inexhausto de toda hermosura y de todo bien.*

Dios me ha traído aquí para hacer en mí su obra maravillosa de amor, pero no puede hacerla sin mí; me pide mi esfuerzo, mi cooperación. Me dará tanto amor cuanto sea este mi esfuerzo. Dios mío, si yo comprendiera esta grandeza, cerraría mis ojos a todo, me olvidaría de todo y pondría toda mi atención en Ti solo, esmerándome para que esta mi atención excediera a la misma de los santos. Aun aquí en la tierra encontraría la mayor belleza y el mayor contento, pues nada hay que se pueda comparar a Ti, y lo más alto y grande y noble que se puede tener es pensar en Ti.

Cooperaré al llamamiento de Dios y a la gracia que me da y me prepararé para recibirle practicando la humildad, viviendo con limpieza de co-

razón, siendo diligente, pidiéndole y reconociendo las misericordias divinas en mí.

Dios ilumina el alma del humilde mostrándole la propia nada y haciéndole comprender y ver la grandeza del divino amor, de la misericordia, de la bondad, de la hermosura divinas, con lo que aumenta su confianza en Dios y se dispone a recibirle con mayor limpieza de corazón. Me son necesarias la humildad y la limpieza de corazón para que Dios se me entregue y se ponga en mi alma y me enseñe a reconocer y cantar sus misericordias para conmigo.

Santa Teresa, alma limpia, al partir para el cielo dijo: «*Cantaré las misericordias del Señor ya para siempre.*» Las había reconocido y cantado agradecida en la tierra. Me exhortaba a amar como ella había amado:

Un alma en Dios escondida,
¿qué tiene que desear,
sino amar y más amar,
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo a amar?

Pero el amor no es una palabra; el amor es la realidad de la entrega. Dios me pide la entrega. Dios está en mí dándoseme para llenarme y transformarme. Si yo correspondo al amor de Dios, no solamente me dará no ya la mitad de su reino, como prometió el rey movido de un amor humano

desordenado, sino que me dará el reino de los cielos y se me da a Sí mismo. Dios estará en mi alma y estará dándome la vida natural y la sobrenatural, que es participación de sus perfecciones y de su naturaleza divina.

142. Dios me está amando y está poniendo en mí la vida nueva, la hermosura nueva sobrenatural. ¡Qué atención debieras prestar, alma mía, a tu Dios! ¡No hay mayor encanto ni más embriagadora armonía! Cuando los músicos atienden a música buena no toleran ni una desafinación, ni un desacorde, y aun cuando sean temperamentos mansísimos, se molestan con los desacordes. Quizá se remontan a aquella armonía *que es de todas la primera*. ¡Qué atención debiera yo prestar a la armonía de dentro, callada, de suma perfección, a la hermosura infinita de Dios dentro de mí, en mis pensamientos! La hermosura esta es la reunión de toda la grandeza, de toda la bondad, de toda la armonía y hermosura que entra no por el oído y por los ojos, sino que está dentro y es como el esplendor del mismo Dios. Es Dios presente dentro de mí. Toda esa luz y perfección y sobre todo eso, sé yo que lo comunica Dios, que está dentro de mí y me da cuanto yo quiera, cuanta sea mi fidelidad y cooperación.

Si a una persona de mundo se la mostraran riquezas y hermosura y bienes y se la dijera:

toma cuanto quieras de todo eso, que no lo agotarás, y además toma la elegancia no sólo de tu vestido, sino de tu cuerpo, en la proporción de los miembros, en la esbeltez de los movimientos y en la armonía y gracia del conjunto, con cuantos adornos quieras, se esforzaría cuanto pudiera por apropiarse de las riquezas y adquirir la mayor belleza y donaire. Y sé que Dios está en mí y me está diciendo: Pondré en tu alma cuanta hermosura de cielo tú quieras, y te daré tanto cielo para siempre cuanto te determines a ganar, y además me ofrezco Yo mismo y te haré participante de mis perfecciones y de mi misma gloria, según sea tu voluntad y tu amor; me ofrezco Yo, que soy la bondad y la dulzura inefable y el dador de la dicha.

¡Y cuántas veces, Dios mío, aun en la misma oración, en lugar de poner toda mi atención y todo mi amor en Ti, embeleso de los serafines y hermosura infinita que encierra todas las hermosuras, me rebajo pensando y entreteniéndome en los enredos y miserables flaquezas de estas sombras de los hombres, que son sombras de nada y vacío de todo bien. Dadme, oh Señor, fidelidad en mi entrega y delicadeza en mi amor y atención. Que yo ponga mi pensamiento, guiado por la fe, en solo Vos. Yo sé que todo, todo cuanto se pueda soñar y pensar por alto y luminoso que parezca, por des-

lumbrante y noble que se presente, es pobreza y fealdad y oscuridad comparado con Vos. Vos sois mi Amado y sois no un sueño, sino la realidad infinita; sois mi Amado y sois el amor y la delicia infinita y lo seréis para siempre para mí.

143. Sé que hay un conocimiento frío de vuestra necesaria grandeza; es conocimiento de seca razón en filosofía y hay un conocimiento encendido en pura llama de amor a Vos. El sabio analiza el amor, estudia el amor y sus cualidades y no os ama. El santo se abrasa en amor, vive el amor, porque está metido en Vos, que sois la verdad del amor y el horno inextinguible de amor, y recibe en vuestro amor el conocimiento más alto y más regalado de Vos y en Vos encuentra todas las cosas.

Dame este amor de los santos para que amándote te conozca y conociéndote se acreciente en mí el amor a Ti. Los santos no vivían para sí, sino para Ti; se olvidaban de sí mismos y porque te tenían continuamente presente se encontraban en Ti de una manera mucho más alta, hermoseados con tu hermosura e iluminados con tu luz. ¡Dichoso este encuentro de verse en tu luz! Su voluntad era hacer la tuya y su amor estaba todo encauzado a Ti. Tú los uniste a Ti y los transformaste.

Tú, que estabas en el santo e hiciste al santo,

estás también en mí y me llamas para hacerme santo y quieres tomar posesión de mí. ¡Y eres tú el infinito bien y sumo bien. ¡Dios mío, Dios mío! Lo sé y lo comprendo que es aquí, en Ti, donde está mi dicha y mi bien. Sé que es en Ti, que estás en mí, donde encontraré mi grandeza y mi gozo. Me gozo de que estoy en Ti. No lo veo, ni aun lo siento, pero me gozo de que estoy en la infinita sabiduría y bondad, en la infinita hermosura y amor. Me gozo de que el infinito bien y el infinito amor me ama, está en mí, quiere hacerse mío. Cuando yo me recojo o me pongo en la oración me pongo en Dios y en mi vida interior ando en Dios, Dios me llena. Estaré en el fervor o estaré en la sequedad y tentación; estaré en la exaltación o estaré en la postergación; Dios está en mí, Dios está tomando posesión de mí, Dios está obrando en mí la transformación dentro de mí mismo; me quiere llenar de su verdad y divinizarme. Siempre que obro bien lo está haciendo, lo hace muy especialmente en la oración.

Dame, Dios mío, limpieza de corazón. Dame humildad. Dame rectitud de intención y dilata mis deseos para que se dilate mi corazón y mis obras sean más santas y cada día te ame más y me haga capaz de que me deis más amor.

Y debo tener presente que mi vida ha de ser esto. Mi vida debe ser de edificación, de sobrenaturalización. Me ha escogido Dios para lo más

grande que puede darse, que es el mismo Dios, y si me ha creado para gozar de El en el cielo, me ha escogido y traído aquí en la tierra para tratarle, para estar con El, para amarle, para llevarle dentro de mí e ir yo dentro de El. No importa que no lo sienta. No importa que yo esté en la oscuridad y en la prueba, no importa que yo me sienta postergado, y seco y angustiado. Soy de Dios. Soy amado de Dios. Dios me ama y es mi Amado. El Infinito es mi Amador y mi Amado y está en mí y quiere tomar posesión de mí y está dándome, con la vida, su amor.

Dios mío, no quiero ser mío, sino vuestro. No quiero pertenecerme, sino perteneceros a Vos, y que mi voluntad sea hacer en todo la vuestra. Porque sois mío y yo soy vuestro y espero ser vuestro en el cielo, estoy lleno de alegría y os canto con todo mi amor.

Dadme amor para que os ame más. Dadme limpieza de corazón y humildad y pensamientos santos para crecer en vuestro amor. Que mi vida sea vuestra y Vos seáis mío y para mí.

DECIMA LECTURA - MEDITACION

DIOS, EL SUMO SER, ES LA ETERNIDAD GLORIOSA. SOLO EL SE POSEE EN GLORIA INFINITA Y ACTUAL

144. Leo en el profeta Jeremías que, no atreviéndose a ser mensajero de la revelación que Dios le hacía para los hombres, le dijo: «*Señor, Dios: bien veis que no sé hablar.*» El Señor tocó sus labios con la mano y le añadió: «*Mira, yo pongo mis palabras en tu boca.*»

E Isaías me dice que oyendo cantar a los serafines la gloria del Señor, ante tan maravillosa magnificencia, exclamó: «*Desgraciado de mí, que no sé hablar por estar mis labios manchados*»; y un serafín, con una brasa del cielo, tocó sus labios y quedaron purificados para hablar las grandezas de Dios.

También yo te pido, oh Señor, que con tu llama purifiques mis labios y mi entendimiento para

saber y entender y expresar algo de tus perfecciones y grandezas. Por lo mismo que sé son incomprensibles e inefables, te suplico me ayudes a decir algo de Ti, porque no hay nada con qué comparar tu gloria ni el lenguaje humano puede expresar tanta hermosura y esplendor.

Cuando el Señor ha manifestado a los santos algo extraordinario de sus perfecciones, los santos no lo han sabido expresar. Moisés dice nunca haber sido fácil de palabra, pero después de haber hablado con Dios encontraba mayor dificultad en hablar. San Pablo tenía facilidad de palabra y celo para expresar las verdades profundas y difíciles, como se ve en sus cartas. Pero cuando habló de Dios y de las perfecciones divinas que había visto, no se atrevió o no supo, y sólo dice: *«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre puede soñar las grandezas que el Señor tiene preparadas para los que le aman.»* Ciertamente no pueden caber ni en los sentidos, ni en el corazón, ni en el entendimiento, ni en la voluntad del hombre las maravillosas grandezas de Dios.

145. El más propio conocimiento que de Dios puede tener el hombre en la tierra es el conocimiento que nos da la fe, y la fe nos le muestra *Ser Infinito, Infinito en toda perfección y en todo bien;* sin límite, sin detalle, sin precisión, sin figura ni imagen. Dios no cabe en la idea del hombre, ya que

la idea es una imagen de la realidad y Dios no puede tener imagen adecuada. Dios es sobre toda imagen y sobre toda hermosura y sobre todo cuanto se puede entender. Es el ser Infinito y sólo por la *luz de gloria* podrá lo finito conocer directamente a lo Infinito, aunque nunca totalmente; pero se llenará de gozo y dicha en lo que conoce y posee.

Leo en San Agustín las maravillosas reflexiones que me hace de Dios, dejándome lleno de gozosa admiración. Pienso que es el santo que tiene atisbos más llenos de luz sobre la esencia infinita de Dios. Santo Tomás los recoge y encasilla metódicamente con palabra precisa y serena, y los expresa con definición transparente y matemática.

San Agustín irradia ráfagas deslumbrantes e iluminadoras y expone conceptos altísimos de Dios intentando dar noción de su incomprensible e inefable esencia, que trasciende todo conocimiento. En el libro *De la Trinidad* busca modos para poder expresar, en lo poquísimo que se puede, qué es la esencia de Dios.

Yo amo a Dios y deseo amarle cuanto es posible a mi capacidad y deseo unirme a Dios y hacerme una misma cosa con Dios. Pero un axioma me enseña que no se ama lo que no se conoce. Eres, Dios mío, superior a todo conocimiento. ¿Cómo puedo amarte y cómo deseo amarte tan intensamente si no te conozco? Si mi entendimiento no puede ahora verte y conocerte, y si todo el conoci-

miento que yo pueda adquirir de Ti no tiene ni comparación contigo, la fe me da el conocimiento más alto que puedo soñar diciéndome que eres el Infinito, el Criador de todo, la Verdad y el Bien por tu misma esencia y superior a todo. Te conozco por la fe y te amo sobre todas las cosas por la fe y por la inclinación de infinito amor que en mí has puesto.

146. No puedo intentar verte con los ojos de mi cuerpo, porque eres espíritu puro y mis ojos sólo pueden ver lo corporal o material. Te miro con los ojos de mi entendimiento iluminado por la fe. Mi entendimiento me dice lo que no eres y sobre lo que eres para poder levantar la mirada a lo que eres. «*No eres cielo ni tierra, ni algo semejante al cielo o a la tierra, ni algo parecido a lo que vemos en el cielo o a lo que no vemos, pero cuya existencia es posible en el cielo. Aumenta en tu imaginación millares de veces, si puedes, esta luz del sol, ya sea en volumen, ya en claridad centelleante; ni esto es Dios. Figúrate a los ángeles, espíritus puros…, reunidos en un ser, y su número millares de millares; ni aun esto es Dios, ni aun imaginando esos dichosos espíritus sin formas corporales, cosa muy difícil al pensamiento carnal.*»

Sé lo que no es Dios. Pero ¿qué eres tú, Dios infinito? ¿Qué idea podré formar de Ti? En otra parte ya había dicho el mismo Santo que *la felici-*

dad es el gozo de la verdad, y todos deseamos poseer la verdad. Ahora me dice: «*¡Oh alma, sobrecargada con un cuerpo corruptible y agobiada por varios y múltiples pensamientos terrenos; oh alma, comprende, si puedes, cómo Dios es verdad! Está escrito, Dios es luz; pero no creas que es esta luz que contemplan los ojos, sino una luz que el corazón intuye cuando oyes decir: Dios es verdad. No preguntes qué es la verdad, porque al momento cendales de corpóreas imágenes y nubes de fantasmas se interponen en tu pensamiento, velando la serenidad que brilló en el primer instante en tu interior cuando dije: Verdad. Permanece, si puedes, en la claridad inicial de este rápido fulgor de la Verdad, pero si esto no te es posible, volverás a caer en pensamientos terrenos en ti habituales...*

»Mira de nuevo si puedes. Ciertamente no amas sino lo bueno... Bueno es esto y bueno aquello. Prescinde de los determinados esto y aquello y contempla el Bien puro, si puedes; entonces verás a Dios, Bien imparticipado, Bien de todo bien. No podemos decir que un bien es mejor que otro, si no tenemos impresa en nosotros la idea del bien, según el cual declaramos buena una cosa y la preferimos a otra.

»Dios se ha de amar, pero no como se ama este o aquel bien, sino como se ama el bien mismo. Busquemos el bien del alma; no el bien que aletea en la mente y pasa, sino el Bien al cual se adhiere el

amor. ¿Y qué Bien es este sino Dios?... Sólo el Bien es bueno...

»No existirían bienes caducos de no existir un Bien inconmutable. Cuando oyes ponderar este o aquel bien..., si puedes contemplar al margen del bien participado, el Bien de donde trae el bien su bondad, y además puedes contemplar el bien cuando oyes hablar de este o el otro bien. Si puedes, digo, prescindiendo de estos bienes participados, sondear el Bien en sí mismo, entonces verías a Dios. Y si por amor a El te adhirieras, serías al instante feliz.

»¡Qué vergüenza apegarse a las cosas porque son buenas y no amar el Bien, que las hace buenas!... Y éste es la Verdad y el Bien puro; no hay aquí sino bienes, y, por consiguiente, el Sumo bien. El alma para ser buena se convierte al Bien de quien recibe el ser alma» (De la Trinidad, libro VIII, caps. II-III San Agustín).

Se nos presenta Dios como el fogonazo esplendoroso de la verdad que nos deslumbra y envuelve, como la explosión del amor que dulcemente nos abrasa y encanta y nos sumerge en su suavidad. Dios llena el ensueño que todos tenemos de la verdad y de la bondad, ese ensueño que abarca todo y lo ilumina todo sin detallar nada, sin precisar nada, sin límite ninguno, la luz infinita; pero no esta luz de nuestros ojos, sino más alta que la misma luz del entendimiento, la verdad infinita,

la bondad infinita. ¿Cómo es la luz del espíritu? Es el entender, es el saber, es el ver de la inteligencia. Veo en esto a Dios de la manera más alta y soñadora que en la tierra puedo verle. Veo a Dios infinito en el concepto positivo del ser y de la perfección, porque es el cúmulo de todo bien y perfección sin límites.

147. ¿Y qué es el Infinito? ¡Cómo parece que se exaltan mis potencias envueltas en gozo, en luz y hermosura de verdad y de bondad! ¿Qué es el ser infinito y el bien infinito y la verdad infinita? Supera todo detalle y rebasa toda precisión, y abarca todo el encanto y todo el primor.

Veo que no sé nada, porque está sobre mi entender. Y todo el soñar de mis pobres facultades es oscuridad y nada ante luz tan soberana y altísima y suavísima. Dios es la luz de la Verdad, la hermosura de la Verdad, la blancura de la Verdad, y es la Verdad por su misma esencia. Dios es sobre la hermosura y el encanto, sobre la atracción y la delicadeza de la Bondad y su ser es Bondad. Dios es la omnipotencia y el amor sin límites de tiempo ni de intensidad. Lo que no se puede soñar, sobre cuanto se puede pensar. El ser de Dios no admite descripciones, porque no tiene contornos ni figura; es el Infinito, el Omnipotente, el ser. *Dios es el que es.* El infinito es el que no

tiene límites, el que carece de fin. Es la actualidad infinita.

Cualquiera verdad deseada y halagadora que yo puedo concebir, cualquiera perfección o belleza subyugadora y atrayente que puedo soñar, cualquiera buena cualidad de que puedo tener conocimiento, la veo siempre limitada, circunscrita a una figura o a un ambiente determinado. Dios, la belleza suprema, la verdad y el bien por esencia, no tiene límites, carece de fin, es bien infinito.

Pienso con ilusión y contento en la complacencia y gozo de la bondad, de la hermosura, del poder, del entender, del amar, del gozar. Todo ello me presenta un ambiente de dicha y suavidad. Pero todo ello es pensamiento, deseo de lo que no tengo ni vivo; aun cuando lo pienso es un bien limitado como mi entendimiento. Quito los límites a esta perfección, a esta bondad, hermosura y poder, a este entender, amar y gozar, es la perfección ilimitada, absoluta, infinita; es toda la perfección actual, es Dios. Cuando quito todos los límites de toda la perfección, veo, como recordaba antes, que Dios no es materia ni tiene figura, porque la materia y la figura tienen sus límites y configuración. Dios es simplicísimo, sin composición alguna, porque lo compuesto es divisible y tiene sus límites. El ser de Dios es la perfección misma absoluta, infinita, indivisible. Dios, por su misma esencia, es el entender, y el poder, y el amar, y el gozar in-

finito. Dios no es tierra, ni cielo, ni aire, ni ángel, ni hombre. Dios es infinito.

148. Me maravilla en Dios el concepto de su ser simplicísimo y el atributo de su inmensidad. Dios existe en Sí mismo y no necesita de nada para existir; pero por la perfección de su inmensidad está en todo lo que crea y nada puede existir, ni el átomo ni el más mínimo infusorio, si no está Dios en ello dándole el ser y las cualidades que tenga. Y está Dios todo totalmente, porque es indivisible. La inmensidad total no tiene límites. Dios mío, mi mente se ofusca ante tanta grandeza y ante perfecciones que se me presentan como contrarias. Por eso yo no sé hablar de Ti y mis palabras no pueden expresar lo que pienso y siento y mis pensamientos no son ni sombra de tu verdad, oh verdad soberana e infinita, fuente de toda verdad.

Por eso tampoco los santos sabían hablar de Ti, que superas toda idea. Moisés, maravillado, pone su frente en el suelo y exclama cuando pasaste delante de él, no como una figura, sino como una iluminación o inspiración: «*Soberano Dominador, Señor Dios, misericordioso y clemente, sufrido y piadosísimo y verídico, que conservas la misericordia para millares, que borras la iniquidad.*» David, lleno de júbilo y de admiración, repite: «*Traeré a la memoria las obras del Señor.*

Haré memoria de las maravillas que has hecho. ¡Oh Dios, santo es tu nombre! ¿Qué Dios hay que sea grande como el Dios nuestro? Porque Tú eres el grande; Tú sólo el hacedor de maravillas. Tú solo eres Dios. Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente loado. Su grandeza no tiene límites. Las generaciones todas, oh Señor, celebrarán tus obras y pregonarán tu poder infinito. Publicarán la magnificencia de tu santa gloria y predicarán tus maravillas. Hablarán de cuán terrible es tu poder y pregonarán tu grandeza. A boca llena hablarán de continuo de la abundancia de tu suavidad inefable y saltarán de alegría por tu justicia.»

Judit, agradecida y gozosa, cantaba: «*Cantemos un himno al Señor; cantémosle a nuestro Dios un himno nuevo. Oh Adonai, Señor mío, Tú eres el grande y el muy glorioso por tu poder y nadie puede sobrepujarte.*»

¿Quién ha admirado las magnificencias y la majestad de Dios como el santo Job? San Francisco de Asís se pasa la noche repitiendo: «*Dios mío y todas las cosas.*» San Francisco de Paula se queda admirado con la palabra: *Oh Caridad* en los labios.

Santa Teresa de Jesús hace grandes ponderaciones de este *soberano acatamiento* al divino poder y me presenta a Dios como inmenso *diamante transparente y brillante donde están y se ven todas las criaturas.*

San Juan de la Cruz es quizá, con San Agustín, quien hace admirar más la grandeza y hermosura infinita de Dios y nos dice que *en Dios se conocen todas las almas*, que «*Dios es en Sí todas las hermosuras y gracias eminentísimas en infinito y sobre todas las criaturas*». En todo ve a Dios. Todo le habla de Dios y despiertan en su espíritu más ansias y más amor de Dios. Dios es el Amado infinito que se hace como siervo del alma para llenarla de sus perfecciones.

> Y todos cuantos vagan
> de Ti me van mil gracias refiriendo,
> y todos más me llagan,
> y déjame muriendo
> un no sé qué que queda balbuciendo.

No sabe hablar de Dios; sólo puede balbucir y admirar «*a causa de una inmensidad admirable que por medio de estas criaturas (ángeles y hombres) se le descubre sin acabársele de descubrir, que aquí llama no sé qué, porque no se sabe decir; pero ello es tal que hace estar muriendo al alma de amor... Y este morir de amor se causa en el alma mediante un toque de noticia suma de la Divinidad, que es el no sé qué que dice en esta canción que quedan balbuciendo...; que es un altísimo entender de Dios que no se sabe decir... Una subida noticia en que se le da a entender o sentir alteza de Dios y grandeza y en aquel sentir*

siente tan alto de Dios que entiende claro se queda todo por entender; y aquel entender y sentir ser tan inmensa la Divinidad que no se puede entender acabadamente es muy subido entender. El alma que lo experimenta, como ve que se le queda por entender aquello de que altamente siente, llámalo un no sé qué, porque así como no se entiende, así tampoco se sabe decir».

Los santos y los escritores religiosos amontonan los adjetivos más encomiásticos de cuantas perfecciones visibles o invisibles conocen, pretendiendo dar alguna noción clara de Dios, y veían que todo era nada y cuanto expresaban estaba a inmensa distancia de la realidad infinita y ni aun parecido tenía con Dios, viéndose sólo la buena voluntad y las exclamaciones que dejaban pensar lo que no podían decir ni aun concebir.

El venerable padre Eusebio Nieremberg, en su preciosísimo libro de la *Hermosura de Dios y su amabilidad*—libro que continuamente tengo conmigo—, recoge y parafrasea galanamente las grandezas y hermosura que los filósofos, teólogos y santos han escrito sobre la hermosura, bondad, grandeza y las demás perfecciones de Dios, y con elegante redundancia en palabras y comparaciones acumula las bellezas y grandezas criadas del mundo visible e invisible y de cuanto atrayente, primoroso y radiante encierran para, en alguna manera, dar a entender algo de lo que es de suyo inefable, incom-

prensible e incomunicable, manifestando siempre que todo cuanto enumera y expone es nada, fealdad, y ni aun sombra ante la infinita hermosura, bondad y grandeza de Dios, y no hay comparación que pueda darnos ni idea que se asemeje a su omnipotencia y a lo infinito de su ser. Porque Dios es Dios, sólo igual a Sí mismo.

Es verdad que el entendimiento se llena de luz y se fascina con el recuerdo de tanta hermosura y tanta luz, pero todo es oscuridad y fealdad ante la infinita realidad de Dios.

¡Dios! ¡Dios infinito! ¡Y está en mí! ¡Y lo llena todo! ¡Y todo es un átomo de nada de su omnipotencia! ¡Y yo estoy en Dios!

149. Muchos filósofos paganos, aun con su politeísmo, también tenían esta noción de Dios, como nos lo muestra la historia de Hierón, tirano de Sicilia, y el filósofo Simónides. Hierón era déspota y no vivía tranquilo. Un día llamó a Simónides y le dijo: «Te llamo para que con tu filosofía y tu poesía me digas *qué es Dios.*»

Simónides, sorprendido por tal deseo, recapacitó en sí mismo cómo podría decir qué es Dios, y habiendo pensado dijo a Hierón: «Si tuvieras a bien darme tiempo para meditarlo hasta mañana, mañana vendría y te lo diría.» Hierón le dijo: «Pues vete y mañana me lo dices.» Se fue Simónides y estuvo todo el día y toda la noche pensan-

do cuanto podía *qué es Dios, quién es Dios, cómo expresaré lo que siento de Dios.* Simónides, después de mucho pensar, se presentó al día siguiente ante Hierón, como lo había prometido.

Hierón le dijo al recibirle: «Ya hoy me dirás *qué es Dios y quién es Dios.*» Y Simónides le vuelve a decir: «Yo te pido tengas la bondad de concederme dos días más para pensarlo y poder decírtelo.» Hierón le dijo: «Pues tómate dos días más y me dices *qué es Dios.*» Pensaba Simónides en Dios, en sus perfecciones, en su ser infinito, y cuanto más pensaba, más grande, más incomprensible y admirable veía a Dios. Pasados los dos días se presentó de nuevo Simónides y Hierón volvió a repetirle: «Hoy ya me podrás decir *qué es Dios,* pues te he dado tiempo para pensarlo bien.» Mas Simónides le dijo: «Mucho te agradecería tuvieras a bien concederme una semana para pensarlo mejor y decirte *qué es Dios.*» Hierón, admirado, le dijo: «Te concedí un día como me pediste; luego accedí a tu súplica pidiéndome dos días más, y ahora me pides una semana. Cuanto más te concedo, más tiempo me pides para pensarlo.» Y el filósofo le responde: «Es que cuanto más pienso lo que es Dios, más admiro su grandeza y se me hace más difícil decir *lo que es Dios.*»

150. Dios es lo inefable, lo infinito en todo bien. Cuanto más pienso lo que es Dios, más ad-

miro su grandeza, más difícil encuentro poder expresar lo que es inexpresable y excede a toda comprensión ¿Cómo diré yo lo que es Dios? Y se me agolpa el concepto alto, grande, hermosísimo de luminosidad, de delicadeza, de maravilla, de encanto, de todo cuanto yo puedo concebir de perfecto, de poder y de saber y de bondad y de ensueño; todo eso sin límites, sin figura, como un resplandor espiritual y suavísimo, como una armonía que obsesiona. Dios es bello sobre todo eso, la suma Perfección y la suma Bondad.

El niño tiene un concepto de Dios impreciso, vago, de hermosura, pero erróneo o muy fuera de la realidad de Dios, y el sabio, y el filósofo, y el teólogo, no saben de Dios más que el niño, y sólo saben que nada de cuanto saben se parece a Dios y que no pueden formar una idea proporcionada y adecuada de Dios, y aun cuando por un imposible lo supieran, no la sabrían decir, porque no hay nada en lo criado que se parezca a Dios. Y vuelvo a recordar a San Agustín: Dios es la Verdad, Dios es la Hermosura, Dios es la Bondad. La verdad infinita, la hermosura infinita, la bondad infinita. Voy a precisar y a comparar y me alejo del concepto de Dios. Dios no es esta verdad, ni esta hermosura, ni esta bondad, sino sobre esta verdad, sobre esta hermosura y sobre esta bondad. Dios es el infinito, el sumo ser, el sumo acto en la suma actividad.

151. Aquí veo tres conceptos similares, Dios, Eternidad, Inmensidad. Dios infinito en toda perfección. Dios todo luz, todo hermosura, todo verdad, todo bondad y todo sin límites. Dios no tiene limitación en el bien y en la perfección. Y como no tiene limitación, es simplicísimo, y como no tiene limitación, está en todo; como no tiene limitación, no hay secretos para Dios; y como no tiene limitación, es la sabiduría y el poder, es el sumo entender, y el sumo gozar, y el sumo poder, y el sumo bien en toda perfección, y el sumo ser en la suma actividad, como que el entender de Dios es su propio ser.

Sueña, alma mía, cuanto puedas, altezas y magnificencias. Piensa, entendimiento mío, remontándote a las cumbres más exaltadas de las inteligencias más penetrantes que Dios ha criado; admira y únete al entender del entendimiento del alma de Jesucristo, y te maravillarás más viendo que cuanto más ven del ser de Dios, vuelan dichosos en una atmósfera más dilatada de luz, de felicidad, de hermosura, de sabiduría y de amor, de grandezas y de verdades de Dios, y ven más claramente y más gozosamente que hay siempre más que ver; ven mejor que es infinito y siempre más; ven que no le pueden ver totalmente y se gozan más de ver que todo es bondad, que todo es amor, que todo es gozo y delicia y felicidad; y su entendimiento empapado en tanta luz, en tanto entender, en tanta

felicidad y siempre en más sorprendente y más gozosa novedad exclama: ¡Dios infinito, Dios amor y dicha infinitos!

Sólo Dios puede comprenderse; sólo Dios es infinito, sólo Dios es el Creador de todo. Pero, alma mía, alégrate y maravíllate: el que no puede ser comprendido por ningún entendimiento criado porque es superior a todo entender; el que no puede ser imaginado por ninguna fantasía, porque es superior a toda imagen y no tiene ni figura ni contornos, está en Ti, te ha llamado para meterte en su misma felicidad; te está ofreciendo su amor, se te da cuanto tú quieras, cuanto tú te des a El, ¿qué es? No lo sé. Sólo sé que es superior a cuanto se puede saber y cuanto se puede imaginar es nada en comparación suya. Sólo sé que es el sumo Ser, el sumo Bien y la suma hermosura, verdad y poder. ¡Y está en mí! ¡Se me ofrece!

152. A mi memoria vuelve este pensamiento, que me maravilla: Dios no solamente es lo mejor, y lo más grande y superior a cuanto las inteligencias criadas pueden pensar, sino que es de tal manera grande, y poderoso y hermoso que ni su mismo entendimiento, infinito como es, puede pensar nada mayor ni mejor, o algo que no tenga o no haya tenido siempre.

Sobre manera me agrada refrescar en mi memoria esta preciosísima verdad: El entendimiento

divino no puede pensar nada mayor de lo que es su propio ser; si el entendimiento divino pudiera pensar algo mayor o diferente o más perfecto y hermoso de lo que es su ser, ya no sería Dios, no sería infinito, no sería perfectamente feliz con felicidad absoluta, no tendría la perfección o el bien o la hermosura o el poder y entender infinito. Por eso el entendimiento de Dios en el sumo e infinito entender no puede pensar nada más grande, nada más perfecto, nada más hermoso que lo que es su Ser infinito ni en gozo, ni en bondad, ni en hermosura, ni en poder, ni en entender y saber, ni en amar. Dios está siempre viendo e ininterrumpidamente gozando todas sus perfecciones, todo su gozo, todo su poder, y lo está en Sí mismo y lo está en todos los seres que crea.

153. Como lo está en Sí mismo, su ser y su esencia es su propio principio: Dios no tiene principio. Aquí, más que en ninguna otra verdad, el entendimiento humano se desvanece y se pierde. Recordaba que San Agustín, y con él todos los grandes entendimientos, han querido ver el principio de Dios, y sólo verán oscuridad, y han tenido que cerrar sus ojos y verlo y adorarle en la fe y dejar su conocimiento para cuando vayamos al cielo. Sólo Dios se conoce a Sí mismo; sólo Dios se explica a Sí mismo. Dios no tiene principio; es el Ser necesario; es el sumo Ser en la

suma actividad, en el sumo amar, en el sumo gozar. Dios no se cambia, Dios no tiene fin. El es el fin de Sí mismo y su propia felicidad.

Y Dios infinito es mío; Dios infinito está en mi alma y es mi Amado. ¡Y yo estoy en Dios! Dios me ama. Dios mío, te amo y deseo amarte más. Aun cuando a oscuras, en la oscuridad de la fe, estoy viviendo en la luz de Dios, en la bondad de Dios, en la hermosura y verdad y poder de Dios. ¡Dios mío y todas mis cosas y mi Amado! Yo consagro mi vida a Dios infinito, a esta Luz infinita. Me recojo en vida interior en Dios mismo para llenarme, para empaparme en esta Bondad y Hermosura, para hacer mayor capacidad en mí y poder participar más de la verdad y del amor de Dios y recibir más gracia.

154. ¡Dios infinito! ¡Dios inmensidad! El atributo de la inmensidad es el que en mi mente produce mayor impresión y como que me aplasta tanta grandeza y se me presenta más unido a la omnipotencia y a lo infinito. Las moles inmensas de los astros y las distancias sin número de los espacios siderales ofuscan la imaginación y como que me aplastan con su grandeza inconmensurable. Y la inmensidad de Dios se me presenta como una mole más inmensa que lo abarca todo. Sé que la inmensidad de Dios no es mole ni tiene límites. Sé que para Dios no hay distancias. La inmen-

sidad es la perfección de Dios, por la cual Dios está en Sí mismo y está en todos los seres que crea, lo mismo en un átomo que en el astro mayor que exista; lo mismo en un extremo del universo que a millones de años de luz en el centro o en el otro extremo. Dios está en todo lo que crea por esencia, presencia y potencia. No necesita cuerpo, no es mole; es espíritu puro, perfectísimo, purísimo, santísimo; todo luz espiritual, todo hermosura y poder.

¡Y Dios con todas sus perfecciones está en mí! Dios está en mí con toda su inmensidad, con toda su infinita perfección. Y el alma se llena de alegría y de confianza y veneración pensando que este Dios infinito está en mí con todo su poder, y desde mí, desde lo íntimo de mi alma, desde lo secreto de mi entendimiento, está rigiendo los mundos, está gobernando todos los seres del universo y pone las leyes a toda la naturaleza y da fuerza y vida a cuanto se mueve y vive. Y al mismo tiempo está en mis pensamientos y está más íntimo a mí que yo a mí mismo y está dándome el entender y el amar y la vida y cuanto tengo. Y esto no es idealidad, sino una altísima y gratísima realidad. Dios está en mí todo, totalmente; porque Dios es simplicísimo e indivisible y está todo en mí como está todo en todos los seres, por la perfección de su inmensidad.

155. ¡Dios infinito! ¡Dios eternidad! Es la otra palabra y perfección de Dios que me impresiona grandemente y he visto impresiona a todos. Al mismo tiempo que hace soñar pone alguna congoja en el espíritu. ¡La eternidad! Nace esa especie de angustia y opresión porque casi siempre que pronunciamos la palabra *eternidad* la tomamos en el sentido de la eternidad desgraciada y de pena o castigo. Pero el concepto de la eternidad de suyo es todo lo contrario; no es de temor y tristeza, sino de alegría y de felicidad. La eternidad penosa es una expresión muy impropia, aun cuando sea muy frecuente, y es, además, errónea. Se dice eternidad desgraciada por una semejanza muy impropia.

La eternidad es más bien sinónimo de Dios; su concepto es el para siempre que nunca ha empezado, que nunca terminará, que nunca pasa, pero un para siempre que es el presente de dicha, de felicidad, de todo bien. La eternidad no dice sólo relación a tiempo o duración; es mucho más hermoso y grande su concepto: *es la actual posesión y disfrute de toda la alegría y goce reunidos, de todo el saber, de todo el poder, entender y amar simultáneos y gozosos. Es el conocimiento y el amor y la omnipotencia y la hermosura y la felicidad junto, reunido, siempre actual, siempre en infinita delicia. La eternidad reúne todas las perfecciones divinas siempre actuales, sin principio,*

sin fin, sin sucesión. Para Dios no hay antes, no hay después; siempre es el *ahora* de felicidad infinita de Dios. Y *el ahora* de Dios es el conocimiento infinito de su ser. El conocimiento perfecto de su ser produce el gozo infinito, porque es todas las perfecciones juntas: la bondad, la omnipotencia, la sabiduría y la hermosura infinitas. Sólo Dios es no sólo eterno, sino la eternidad dichosa.

La eternidad es, repito, en cierta manera, sinónimo de Dios, porque es *todas las perfecciones juntas y reunidas en una infinita perfección dichosamente vivida toda en cada momento, sin interrupción, simultánea, siempre, sin cansancio, en renovado gozo.* ¡Sólo Dios es todo bien infinito y simultáneo! *La eternidad es la posesión y fruición, la exaltación infinita del gozo todo, unido, lleno por la posesión perfecta del sumo Bien en el conocimiento infinito de su ser.* Sólo Dios puede conocerse total y perfectamente a Sí mismo. Sólo Dios conoce simultáneamente todo lo infinito de sus infinitas perfecciones, que son su Ser, el sumo Ser y el sumo Poder.

Ni puede haber más de un sumo Ser, que crea todos los seres y comunica todas las cualidades y perfecciones. Si fuera posible hubiera otro, ya no sería el sumo Ser, pues carecería del bien que había en el otro ser por el cual se diferenciaba; y si no se diferenciaba por ningún bien, sería el mismo ser; si se diferenciaba por algún bien, no sería

ya la Omnipotencia y el sumo Ser, como lo es por su misma esencia, ni sería infinito. Pero ¡Dios es Infinito y el sumo Ser y el sumo Bien!

156. Sólo Dios se conoce a Sí mismo totalmente, y al conocer su esencia y omnipotencia conoce no sólo todo el bien que crea, sino todo el bien que puede crear, que es todo el bien posible, y, además, conoce su propio y sumo bien. El gozo de todo el bien es el sumo gozo, es el gozo infinito y perpetuo, la eternidad. Dios es el sumo Gozo porque es el sumo Ser y sumo Bien. Sólo Dios es la gloria; sólo Dios es la eternidad.

¿Qué será el Bien infinito? ¿Qué será el gozo infinito del Bien infinito? ¿Qué será esa luz espiritual infinita? ¿Qué será ese gozo, qué ese amor infinito? ¿Qué será esa luz espiritual, que es luz de entender y de amar, de gozo y de dicha? ¿Qué será esa luz infinita, que produce la felicidad perpetua?

Sólo Dios es la gloria; sólo Dios es la dicha. Sólo Dios es la eternidad.

Cuando me recojo en la oración, me recojo en Dios y con Dios; me pongo y estoy en lo infinito de Dios y en el sumo Bien. Tanto más perfecta será la oración cuanto esté más recogido, más atento, más sumergido y empapado en Dios. ¡Qué fácil es la oración profunda, santa y santificadora, si no fuera tanta mi incapacidad y fragilidad! Y

digo que es fácil la oración profunda y santa. Porque no necesito nada más que recogerme y atender a esta Luz infinita, a esta Hermosura infinita, a este Bien y a este Poder infinito, a este entender y amar infinito, el sumo Ser, y verme sumergido, rodeado, empapado y amado de ese infinito Bien. Cuanto mis potencias están más silenciosas y atentas, cuanto mi loca imaginación y mis sentidos están más recogidos y callados, cuanto mi memoria me traiga menos recuerdos y figuras, cuanto mi entendimiento y afecto esté más fijo en esta infinita hermosura, estaré más sumergido, más empapado, estaré recibiendo mejor la palabra y la luz de Dios y Dios me comunicará más abundantes misericordias.

Esto es precisamente la perfecta oración, no el discurrir y hablar mío. Ya Casiano decía que *cuando el que ora no se diera cuenta de nada, ni aun del tiempo, por la atención que tenía a Dios, haría la oración perfecta.* Y San Juan Clímaco decía que *la oración de su naturaleza era estar unido a Dios.* Entonces estará el alma iluminada y como absorbida en la verdad de Dios, admirando y amando en silencio, y estará recibiendo misericordias de la bondad de Dios, y engolfada y anegada en esa Bondad infinita, quedando absorta y perdida la noción de las demás cosas, atenta y callada a esa noción de la Sabiduría divina, la más noble y hermosa que se puede dar, y deshaciéndose en agra-

decimiento por tan íntimo amor. El alma está unida a Dios.

Y no es necesario que esta unión y atención a Dios sea en regalo y afecto. Para el gusto del alma sí lo es; para la unión y perfección de la oración y agrado de Dios no lo es. El alma se une a Dios por la fe en amar y la más alta noción que puede tener de Dios es la que me enseña la fe. Deseo mi gusto, mi ternura, mi devoción y mi afecto. Me aflige la aridez y la tentación y el cansancio. Quisiera paladear la ternura que me deleita y como que se extendiera este afecto por todas las arterias de mi cuerpo. Esto es mi gusto, pero no es más santa oración ni más agradable a Dios. Dios me pide que esté en El atento y le escuche. El amor será ofrecerme a Dios y a su voluntad. No debo dejarme llevar de las quimeras de mi imaginación.

La fe me enseña que estoy en Dios y Dios está en mí. Esa infinita hermosura de Dios, que yo no comprendo; esa altísima e infinita sabiduría y poder de Dios, que yo no puedo comprender, ni veo; esa inefable y suavísima misericordia y bondad de Dios está en mí, me envuelve, está obrando en mí la maravilla de la santidad; estoy lleno de Dios. ¡Soy de Dios! Soy para Dios. Estoy ofrecido a Dios. Dios me está amando y se me da. Me está infundiendo su amor. Me transformará en El.

La fe me enseña el conocimiento más alto y seguro que en esta vida puedo tener de Dios; es

el *no entender entendiendo y toda ciencia trascendiendo,* de San Juan de la Cruz, o el *sobreentender* de San Agustín. Dice también: «A Dios se le conoce mejor no sabiendo» y «el alma no tiene de Dios ciencia alguna, sino es saber que no sabe nada de Dios». Es un entender de Dios oscuro, callado, más alto que el entender natural del entendimiento y más seguro. No tiene esa luz y sentimiento de la imaginación ni de las ideas concretas, no impresiona ni afecta tanto como lo que muestran los sentidos; pero es de un muy alto entender verdades de Dios y comunica plenitud de gracia y de amor de Dios.

157. Los ángeles ven a Dios, aman a Dios, adoran a Dios. Los ángeles ven a Dios en su esencia. Dios es la dicha y la felicidad de los ángeles y de los bienaventurados. La gloria y la felicidad es la visión de Dios y la posesión de Dios. La felicidad es el gozo de Dios. Entendiendo el entendimiento a Dios en Sí se llena de gozo, participando del infinito gozo de Dios, e irradia a todo el ser, llenándole de felicidad. *La gloria es el gozo de la Verdad, de la Hermosura, de la Bondad, de Dios, suma Verdad.*

Los ángeles y los bienaventurados están felices en Dios. No quieren ni pueden salir ya de Dios. No pueden. La piedra—y todo cuerpo pesado—tiene su fin en el centro de gravedad, busca

el centro de gravedad, y cuando ha llegado al centro permanece quieta, sin salir de él. Todos, por la ley puesta por Dios en nuestra naturaleza, necesariamente tendemos al fin. Nadie puede dejar de desear su fin último, como ninguna criatura racional puede dejar de desear ser feliz. La felicidad es mi último fin. Dios es mi último fin y el fin último del ángel. Los ángeles gloriosos no pueden ya salir de Dios, porque están en su último fin y descansan felices en Dios.

Ni quieren salir ya de Dios. En Dios lo tienen todo. Conocen, aman y descansan en Dios y en Dios conocen todas las cosas; en Dios encuentran todos los deleites. Nada desearán que no lo posean y tengan en Dios. Si algo desearan y no lo tuvieran, ya no serían felices. ¿Cómo han de pretender salir de Dios si todo lo tienen y lo conocen y lo poseen gozosos, con exaltación de gozo en Dios?

Y Dios, felicidad y dicha de los ángeles, está en mí. Me he ofrecido a Dios. Cuando me recojo, y de modo muy especial en la oración, y me pongo en Dios, Dios me mete con amor especial dentro de Sí mismo. Estoy puesto en Dios y esperando que obre dentro de mí, en lo muy íntimo de mi alma y de mi entendimiento, la transformación en El, en su divino amor, y con su divino amor vaya poniendo en mí la vida nueva sobrentural, y vaya haciendo la obra que yo no sé hacer, pero que no quiere hacer sin mí: la santificación, la diviniza-

ción de mi alma por participación de sus perfecciones. Yo no sé cómo se hace, pero tengo que cooperar.

158. Mi vida es de trato y de contacto con Dios. Dios en mí es una realidad.

Dios mío, si es así, ¿por qué mis flaquezas, por qué las rebeldías y apetitos de este mi cuerpo, por qué los torbellinos de esta loca imaginación mía?

He gozado leyendo cuentos y novelas y se han bañado mis ojos en lágrimas leyendo las amables ternuras de *Fernán Caballero*. El mundo de la novela tiene loco al mundo y lo llaman la gran literatura, y todos sabemos que son cuentos y ficciones, muchas veces muy locas y descabelladas, inventadas por fantasías exaltadas. Ficciones de Homero, de Virgilio, de Cervantes.

Miro a la imaginación como lo bajo del alma. Hasta los animales tienen imaginación. Parece que tiene una relación más directa con los sentidos del cuerpo que con el mismo entendimiento, quizá por lo mismo que es menos espiritual y se acerca más a lo sensible. Con ser muy inferior al entendimiento, parece vamos a encontrar la dicha y la gloria en el recreo de la imaginación con el mundo ficticio que describe la fantasía.

Pero este mundo de la ficción no llega a ser ni aun sombra del mundo de la realidad, del en-

canto de la verdad. Este encanto es la obra maravillosa de Dios, y por el recogimiento y la vida interior me pongo yo en la altísima realidad de Dios para que sus manos divinas obren en mi alma esta dichosa realidad.

El perfecto y exacto concepto de la eternidad es todo alegría, es gozo, es felicidad, porque es el gozo de la posesión de la verdad, de la hermosura, de la bondad y de la omnipotencia, todo reunido, junto, simultáneo, vivido y ordenado.

Esta dichosa realidad, perfectísima, infinita, sólo es Dios y sólo la tiene Dios. De aquí que sólo Dios puede comprender perfectamente la eternidad, como sólo Dios puede comprenderse totalmente a Sí mismo, y en Sí mismo todo el bien posible. El bien posible es el infinito; el bien infinito es Dios, Dios actual, real, siempre ahora, sin antes, sin después. *El ahora eterno. El presente constante*. Pero en este ahora y en este presente es todo el bien y toda la sabiduría y toda la hermosura. *¡Dios mío, vuestra grandeza es más excelsa que toda la gloria!*, os decía el Salmista.

159. Y he vuelto a la misma reflexión incomprensible por más que lo desee comprender la razón: *¿Cómo ha empezado ese principio? ¿Cuál es el origen de Dios, dicha y felicidad infinita y perfectísima?* Como San Agustín se esforzaba por ver si podía encontrar la razón del origen de Dios, nos

esforzamos todos. Porque parece se anublan los ojos y se marea hasta la misma razón pensándolo. Miro en sueños hacia atrás y veo desfilar años de luz antes de mí, y siglos de luz y millones de siglos de luz, perdiéndose la mente en tantos números incalculables, y ya Dios existía lo mismo que ahora, infinito, perfectísimo. Todo lo tenía presente, aun cuando no había creado el universo. En Dios estaba yo con todas mis acciones, buenas o malas, con mis virtudes y mis pecados; en Dios estaban presentes todos los ángeles que habría de crear y todos los hombres y todos y cada uno de los seres hasta el último átomo. Y Dios lo veía todo en Sí y tenía la vida infinita de dentro: el infinito entendimiento entendiendo todo lo infinito y gozándose en amor y gozo infinitos; lo que decimos: Dios Padre, el entendimiento infinito que entiende infinitamente su esencia. Dios Hijo, la sabiduría o esencia de Dios infinitamente entendida. El Espíritu Santo, el amor infinito que procede del entendimiento infinito que entiende y de la sabiduría infinita entendida y produce el gozo y la felicidad infinita. Un solo Dios simplicísimo e infinito y omnipotente creador de todo. Siempre, eternamente, el entendimiento divino entendiendo lo infinito y siempre, eternamente, gozándose en el amor infinito con infinito gozo.

El entendimiento humano desea penetrar esto inexplicable. Pero Dios no tiene principio, como